

La mística de la Escuela Normal



Nelson Cárcamo Barrera
profesor

Resulta evidente que, este espacio de opinión se ha dedicado casi cada semana, en destacar diferentes aspectos ligados a la educación, como una forma de relevar su importancia y necesidad de abordarla de una manera amplia, transversal en sus objetivos y alcances. En esta oportunidad, no haremos la excepción y el ámbito educativo estará presente una vez más.

En estos días, no podemos pasar por alto una entidad educativa que por años y desde su aparición en la educación chilena cobró una importancia y trascendencia que traspasó generaciones. Hacemos referencia a las queridas y desaparecidas escuelas normales.

Inspiradas en un modelo francés, fueron durante muchos años la cuna de formación de los profesores y profesoras que dejaron un gran huella en sus estudiantes desde 1842 hasta su desaparición en los primeros años de la década de los 70.

Por estos días, precisamente el 26 de agosto, la popular Escuela Normal Rural Experimental de Victoria (Región de la Araucanía), cumple un nuevo aniversario, siendo uno de los exponentes de este revolucionario sistema educativo.

Urbanas y rurales, las escuelas normales sostenían un intenso horario de estudio durante seis años, ingresando a muy temprana edad y con un especial reglamento para quienes accedían a concluir exitosamente la carrera. Además de una práctica profesional, los nuevos profesores debían participar activamente en alguna organización social y desarrollar acciones de alfabetización con personas adultas.

Desde su origen, esta institución fijó sus objetivos claramente, y el principal o al menos uno de ellos fue, brindar edu-

cación a los niños de zonas rurales de Chile. Claramente este aspecto aportó una sensibilidad especial en la formación de los futuros profesionales de la educación mediante una capacitación directa, con metodologías efectivas e innovadoras para la época.

El aporte de las y los maestros normales no se limitó a la enseñanza en el aula y así lo hemos observado. Su presencia en las comunidades rurales generó un impacto en las familias locales, en la propia producción agrícola, la ganadería, el manejo de los recursos naturales, entre otros ámbitos.

Las escuelas normales se erigieron como establecimientos visionarios, con un concepto de futuro pocas veces visto, con una clara pretensión de la búsqueda de la verdad, del saber, de la justicia social y de la innovación en los paradigmas educativos.

Fueron pioneros en los temas de inclusión social y lo que es más, aplicada en donde realmente se requería y con el respeto y consideración que las situaciones ameritaban, independiente a origen socioeconómico o cultural.

De allí el respeto, el cariño y la nostalgia que genera su recuerdo. La mística normalista ha sido la herencia perenne que sustentan los cientos de exalumnos normalistas diseminados por el territorio nacional e incluso en el ámbito internacional.

En nuestra región también los hay y son los que atesoran y guardan los mejores recuerdos de aquel establecimiento que un día los acogió y brindó todas las herramientas para enfrentar su futuro.

Desde estas líneas, un homenaje a quienes hicieron todavía más grande y que trasciende generaciones, como ahí en el corazón de la Frontera.